

tal extremo llegaban la orfandad y quebranto de los cristianos, no por esto se doblaba un punto su varonil entereza, corriendo diariamente de lejanas ciudades ilustres adalides en demanda del martirio ¹. Al cabo este espectáculo, nunca visto por los sectarios de Mahoma, inquietando sobre manera á Abd-er-Rahman, infundióle el pensamiento de fiar de nuevo á la política el éxito que no había podido lograr la fuerza; y desechando el consejo de los sabios y filósofos de su reino, que proponían el exterminio total de los cristianos ², convocaba en Córdoba cierta manera de conci-

¹ Los escritores para quienes sucesos de esta naturaleza sólo arguyen ignorancia ó fanatismo, debieran tener muy en cuenta la calidad de los que en el suelo de Córdoba obtuvieron la corona de los mártires. La mayor parte no sólo pertenecían á las clases más acomodadas de la sociedad mozárabe, sino que se habían distinguido en el cultivo de las letras. Isaac, tercero de los que padecen, era *doctus lingua arabica* (*Mem. Sancto.*, lib. I, cap. II); Pedro y Walabonso habían ido á Córdoba á estudiar las disciplinas liberales (*liberalibus disciplinis traditi sunt*, id., id., cap. IV); Paulo Diácono se distinguía por sus conocimientos en las sagradas letras (*spiritualibus disciplinis*, id., id., capítulo VI); Aurelio, hijo de moro y de cristiana, fué desde la infancia instruido en la literatura arábiga (*arabica litteratura erudiendus*, id., id., cap. IX); Cristóbal había sido discípulo de San Eulogio desde la niñez (*à puericia nostri auditor*, id., id., cap. X); Emila y Jeremias se dedicaron á las letras en la basílica de San Cipriano (*apud Basilicam Sancti Cypriani litteras edocentes*, id., id., cap. XI); Fandila, natural de Acci, vino á las escuelas de Córdoba (*discendi gratia*, id., lib. III, cap. VII); Anastasio se distinguió por su erudición en las artes liberales y en las letras (*disciplinis et litteris eruditus*, id., id., cap. VIII); y Amador de Tucci estudiaba finalmente en Córdoba, adonde había ido con este propósito (*Cordubam discendi gratia adventat*, id., id., cap. XIII). Si pues eran los hombres más ilustrados de su tiempo los que abrazan la causa del Evangelio contra el Koram, ¿cómo no se han visto por ciertos historiadores en los mártires de Córdoba sino fanáticos é idiotas?... Cuando una idea, que tiene por término el suplicio, se admite, sostiene y sella por hombres dedicados al estudio de las letras y de las ciencias, algo hay de grande y extraordinario en esta idea, que merece ser respetado por la filosofía y la historia. En Córdoba se estaba jugando la suerte de lo porvenir para el pueblo mozárabe, y en esta difícil partida no podían menos de interesarse la religión y el patriotismo, representados por tan beneméritos varones.

² San Eulogio se expresa en estos términos, al dar noticia de tan bárbaro proyecto: «Omnes (sapientes et philosophi) unanimiter in perniciem conspi-

lio, presidido por Recafredo, metropolitano de la Bética, para que condenada por los obispos la espontaneidad y el anhelo con que se ofrecían á la muerte, quedara entre los cristianos desautorizada la virtud de los mártires [852].

Débiles aquellos obispos congregados por un vicario de Mahoma, ó temerosos de experimentar los terribles efectos del enojo, que le llevaba á tomar aquel inusitado acuerdo, pensaron tal vez conciliar los mandatos de Abd-er-Rahman con los deberes de su ministerio, fiando á la oscuridad y artificio de la sentencia la satisfacción de los dos grandes principios que estaban sosteniendo tan porfiada lucha. No reprobaron los obispos virtualmente la abnegación y heroísmo de los mártires ¹; y sin embargo, autorizados con sus ambiguas palabras, lograban los mahometanos introducir nueva discordia en el seno de los católicos, asiéndose los flacos de espíritu y los de tibia fé de aquella aparente reprobación, para engrosar las filas de los que, atraídos por el cebo de las riquezas [*pro vendibilibus muneribus*], no solamente lisonjaban la saña del Califa, olvidando en su palacio las prácticas reli-

rantes fidelium, comprehendi christianos, et vinculari sub artissimos carceres decreverunt,» etc. (*Mem. Sanct.*, lib. II, cap. XIII).

¹ El mismo Eulogio escribe sobre el decreto dado por estos obispos: «Eadem scheda minime decedentium agonem impugnans, quod futuros laudabiliter extolleret milites percipitur: verumtamen *allegorice edita*, nisi à prudentibus adverti non poterat. Non tamen inculpabile illud fuisse putamus simulationis consultum, quod *aliud genstans et aliud sonans*, quasi à discursu martyriali plebem comescere videbatur» (*Mem. Sanct.*, lib. II, cap. XIV). Se vé por esta declaración de San Eulogio, hecha pocos años después del concilio, cuán descaminados andan los que suponen que este condenó abiertamente la espontaneidad del martirio, y citan el canon LX del concilio Iliberitano para justificar la supuesta sentencia. Pero demás del error histórico en que incurren, olvidan cuán distinta era la suerte del cristianismo á principios del siglo IV de la que alcanzaba á mediados del IX bajo la coyunda musulmana: los Padres de Iliberi tenían delante un porvenir á todas luces halagüeño, pues que la doctrina de Cristo iba triunfando sobre el gentilismo y su victoria era pacífica: los mozárabes vivían en mísera servidumbre, sin esperanza de remedio. ¿Por qué pues buscar analogías donde realmente no existen? Este procedimiento suele conducir con frecuencia al error, y es de suma importancia el evitar sus efectos.

giasas¹, sino que buscando todos los caminos de coonestar su conducta, lanzaban contra los no vencidos confesores de Cristo formidables acusaciones.

Era este sin duda el mayor conflicto en que habia puesto á los cristianos la política de los Califas, que habiendo hallado en Rëcafredo fácil instrumento á sus designios, oprimia á los obispos, abades y sacerdotes, que patrocinaban y defendian, con el egemplo de los primeros siglos de la Iglesia, la espontaneidad del martirio. Mas si cundiendo dolorosamente la cizaña, poníase crecido número de cristianos de parte de los musulimes, no faltaron por cierto denodados adalides, que guiados por la luz de la verdad y revestidos con las armas invencibles de la elocuencia cristiana, salieran en defensa del Evangelio, que traído con ignorancia ó protervia en auxilio del Koram, era diariamente profanado.

Distinguíanse entre estos generosos atletas Eulogio y Álvaro Paulo, varones estrechamente unidos desde la juventud por los lazos de la amistad y de la doctrina, modelos de virtud y de constancia, y personificación verdadera de la piedad y del patriotismo. Hijo el primero de ilustre familia hispano-romana, habíase consagrado en la basilica de San Zoylo al cultivo de las letras latinas, detestando la peligrosa y forzada enseñanza de los mahometanos; y apurada allí toda la ciencia de sus maestros, llevóle la fama de Esperaindeo á su docta escuela, donde sobre admirar la superioridad de aquel hombre extraordinario, tuvo tambien la dicha de conocer á Álvaro, cuya amistad debia perpetuarse mas allá del sepulcro². Recibidas las órdenes sagradas, abrigó el proyecto de peregrinar á Roma, pensamiento de que le disuadió su tierno amigo, temeroso de perderle. Mas al cabo dejaba Eulogio la ciudad nativa, en busca de dos hermanos suyos que comerciaban fuera de España, dirigiéndose con dicho propósito á los Pirineos orientales; y aunque fué en este punto enteramente inútil su viaje, por no consentirle la guerra que Guillermo de Barcelona sos-

¹ *Indic. Lum.*, núm. IX.

² Álvaro decia con este propósito: «Ibi [in aula Sperandei] eum [Eulogium] primitus videre merui ubi eius amicitiae dulci inhaesi: ibi illi individua sum nexus dulcedine» (*Vita B. Mart. Eulog.*, núm. II).

tenia contra el rey Cárlos, penetrar en las Galias, volvió á su patria honrado con la amistad de muy dignos varones, y enriquecido con numerosos códices, entre los cuales se contaban las obras inmortales de Virgilio, Horacio y Juvenal, formando, así como las de Porfirio y Avieno, singular contraste con la *Ciudad de Dios*, debida á la pluma de Agustino, y con los himnos cantados por la Iglesia visigoda y las poesías sagradas de Adhelelmo, tenidas á la sazón en mucha estima [849].

Grande fué el efecto producido en las escuelas mozárabes con la reaparición de estos preciados tesoros; pero mientras se mostraba Eulogio infatigable en promover y llevar á cabo, ayudado de su amigo Álvaro, esta manera de restauración literaria¹, que tan de cerca tocaba á la religión y al patriotismo, llegó el solemne momento de poner á prueba la ciencia y la virtud en tantos años acaudaladas, comenzando desde entonces aquella vida llena de angustias y sobresaltos, en que iban á resplandecer la grandeza y ternura de su alma, compartiendo con su amigo, á quien daba título de *hermano*, las penalidades y trabajos.—Álvaro, que se preciaba de traer su origen de antiquísima estirpe hebrea, honrándose igualmente con llevar en sus venas sangre visigoda²,

¹ Álvaro pintaba este noble afán de su amigo, diciendo: «Quae enim illi non patuerunt volumina?... Quae potuerunt eum latere ingenia catholicorum, philosophorum, haeticorum, necnon Gentilium? Ubi libri erant metrici, ubi prosatici, ubi historici, qui eius investigationem efugerent? Ubi versus, quorum illi ignoraret canora? Ubi hymni, vel peregrina opuscula, quae eius non percurreret pulcherrimus oculus? Quotidie enim nova et egregie admiranda quasi à ruderibus et fossis effodiens, thesauros elucidabat invisos» (*Vita B. Mart. Eulog.*, núm. VIII). Hablando despues de su viaje á Francia, añadía: «Inde secum librum *Civitatis* Beatissimi Augustini, et *Aeneidos* Virgilli, et *Juvenalis* metricos itidem libros, atque Flacci satyrata poemata, seu Porphirii depicta opuscula, vel Adhelelmi epigrammatum opera, necnon Avieni fabulas metricas, et *Hymnorum Catholicorum fulgida carmina* (núm. IX). Conveniente creemos observar que estos himnos, de que habla Álvaro, debian ser los comprendidos en el *Himnario-Hispano-latino-gótico*, de que hemos hablado en el cap. X, y á los cuales dedicamos las *Ilustraciones* del primer tomo.

² Véase la *Epist. XVIII*, ad *Transgressorem* (*España Sagrada*, tomo XI, págs. 10 y sigs.; id., 190 y sigs.). Sobre este punto debe notarse que los contemporáneos de Álvaro, Esperaindeo y San Eulogio, le saludaban con los tí-

había alcanzado en tanto no menor autoridad entre sus compatriotas.

Dedicado antes que Eulogio al estudio de la literatura eclesiástica en la escuela de Esperaindeo, descubrió desde su juventud tanta madurez y rectitud de juicio, que no solamente era consultado en toda difícil cuestión por sus discípulos, sino también por su esclarecido maestro¹. Debió á este sin embargo aquella claridad de doctrina, aquel ardiente amor al catolicismo, y aquella aversión profunda á los errores del Koram, desplegados en el *Apologético contra Mahoma*, prendas que brillaron después con toda su pureza en las obras de Álvaro; y ya ejercitándose en árdidas discusiones literarias, en las cuales sostenía contra Juan Hispalense, que no escribieron los Padres para ostentar simplemente bellezas de estilo, ni ilustrar con sus obras el arte de Donato²; ya defendiendo la verdad evangélica contra los here-

tulos de *excelso, eximio, serenísimo, ilustre*, y su amigo Juan Hispalense con el de *Aurelio Flavio*, etc.; lo cual prueba, sobre mostrar la influencia clásica que dominaba en las esferas literarias, y la posición ventajosa que alcanzaba Álvaro entre los mozárabes, la facilidad con que estos tratamientos se concedían, señal evidente de mortal decadencia. Respecto de su origen visigodo no parece dejar duda, cuando en la XX.^a de sus *Epístolas, Transgresori directa*, exclamaba, recordando las palabras de Isidoro, al describir este el pueblo de Ataulfo: «Ego sum, ego sum, quem Alexander vitandum pronuntiavit: Pyrrhus pertimuit: Caesar exhorruit. De nobis quoque et noster Hieronymus dicit: *Cornu habet in fronte; longe fuge*» (*España Sagrada*, id., pág. 218; véase nuestro tomo I, pág. 368). Notable es por cierto este lenguaje en quien padecía servidumbre, y señal segura de que no había logrado ahogar la política de los Califas el noble espíritu de los Ildefonsos y Julianes.

¹ El abad Esperaindeo escribía al mismo Álvaro, recordándole que había sido consultado por otros en las más árdidas materias, y pidiéndole parecer y consejo: «Me iterum clam instruat, ut olim fecit alios» (*España Sagrada*, tomo XI, pág. 148).

² Álvaro, que según veremos después, parecía condenar las leyes de gramáticos y retóricos, mientras hacía grandes esfuerzos para practicarlas, aludía en la Epíst. I.^a, dirigida á Juan Hispalense, al celebrado gramático del siglo IV, Elio Donato, maestro de San Agustín, cuyo arte, citado á menudo por San Isidoro en sus *Orígenes*, lograba en España singular aprecio durante el siglo XI, así entre los mozárabes como entre los cristianos de Asturias (Véase el *Chronicon Abeldense*, núm. V). Pero es lo notable que extractado ya y

jes¹; ya en fin pulverizando los delirios del apóstata Eleazaro², preparábase para entrar en la memorable Era del martirio, enviando en Eulogio el ministerio del sacerdocio, de que le habían apartado las flaquezas de la carne³.

Al inaugurarse pues aquella sorprendente lucha entre el Evangelio y el Koram, saltaron Álvaro y Eulogio en la sangrienta arena, para defender y patrocinar con todas las fuerzas de su corazón y de su inteligencia á los que ofrendaban sus vidas en aras de la religión y del patriotismo. Así los que juntos habían penetrado los misterios de las Santas Escrituras, nutriendo su espíritu con las enseñanzas de los historiadores, oradores y poetas de la antigüedad clásica, y completando su educación literaria con la asidua lectura y discreta imitación de los Padres y de los poetas sagrados⁴; los que empeñados vivamente en el restablecimiento de la

comentado, llegara al siglo XV con igual estima: en los *Capítulos acordados* en 1412 para los estudios generales de Valencia, se lee en el párr. IX, después de tratar de la filosofía, la lógica y la gramática: «Item... dictus magister faciat aliquam utilem declarationem scholaribus de libro, qui dicitur *Parvus Donatus*» (Villan., *Viage liter.*, tomo II, pág. 188). Lo mismo sucedía en las demás universidades, y no otra cosa parece advertirnos, respecto de Italia, el autor de la *Divina Commedia*, cuando en el canto XII del *Paraiso* le pone entre otros varones, ilustres por su saber y santidad, diciendo:

. e quel Donato,
Ch' alla prim' arte degnò poner mano.

Petrarca pareció profesarle igual respeto, dedicando á su memoria el libro *De Ignorantia sui ipsius et multorum*.

¹ Epíst. VII de las publicadas por Florez.

² Epíst. XIV, XVI, XVII, XVIII y XX.^a citadas.

³ Álvaro decía, hablando de Eulogio: «Ille sacerdotii ornatus munere... ego luxurie et voluptatis luto confectus, terra tenus repens haec tenus trahor» (*Vita B. Mart. Eulog.*, núm. I).

⁴ Refiriendo Álvaro estos ejercicios de la juventud, escribía: «Agebamus utriusque scripturarum delectabilem lusum et scalnum, in lacu nescientes regere, Euxini maris credebamur fragori. Nam pueriles contentiones pro doctrinis, quibus dividebamur, non odiose, sed delectabiliter epistolatim in invicem egimus, et rithmicis versibus nos laudibus mulcebamus: et hoc erat exercitium nobis melle suavius, favis iucundius, et in anteriora nos quotidie extendentis, multa inadabilia tentare in Scripturis, pueriles immatura docibilitas coegit. Ita ut volumina conderemus, quae postea aetas mutata abolenda, ne

literatura latino-eclesiástica, habían protestado juntos contra la política de los Califas, dirigida á borrar, con el uso de la lengua nativa, la nacionalidad de los mozárabes, y tras ella la religion del Crucificado; oponian juntos su pecho á la incredulidad y á la calumnia, y confortándose mutuamente en la árdua y difícilísima carrera por ambos emprendida, brillaban en medio de aquella furiosa tempestad, tanto por la pureza del consejo como por la eficacia del ejemplo.

Dotado Eulogio de la energia de Cipriano y de la perseverancia de Atanasio, mostrábase cariñoso y tierno para con las vírgenes, respetuoso y humilde para con los ancianos, insinuante y digno para con las matronas, ardiente y fogoso para con los jóvenes, sentencioso, exigente y severo para con los sacerdotes; y prometiendo á todos la eterna bienandanza en premio á su heroísmo, inculcaba en unos la salvadora doctrina del Evangelio, convertía en otros la nieve de los años en viva llama, enseñaba á otros la senda de sus más altos deberes, y acompañando á todos en el glorioso trance del martirio, recogía despues sus despedazados cuerpos para darles sagrado asilo en las basílicas, rodeándolos, con su adoracion, de la aureola de los santos ¹.

No otro es por cierto el afán y constante anhelo de Eulogio, revelados en todas las obras de su mano que han llegado á los tiempos modernos. Ya le consideremos en el *Memorial de los Santos* (*Memoriale Sanctorum*), empezado en medio de los conflictos de la persecucion, continuado en la cárcel y en el destierro, y terminado bajo el azote de Mahommad, terrible enemigo del nombre cristiano ²; ya en la *Enseñanza de mártires* (*Docu-*

in posteris remanent, decrevit» (*Vita B. Martyris Eulogii*, núm. IV). Lástima es que estas producciones, principalmente los versos, fueran víctimas de la modestia de uno y otro.

¹ Álvaro, *Vita vel Passio S. Eulogii*, núms. V y VIII.

² Sobre las diferentes épocas, en que San Eulogio escribió el *Memorial de los Santos*, debe consultarse el erudito y razonado estudio que en el tomo X de la *España Sagrada*, pág. 440 y siguientes, hizo el Mtro. Florez. Del mismo resulta que el primer libro y los seis primeros capítulos del II estaban ya terminados en octubre de 851, prosiguiendo la obra desde el año de 853 al de 856, cuyos martirios narra en el libro III.

mentum martyriale), escrita asimismo en las cárceles de Córdoba para excitar el celo de Flora y de Maria, que debieron á tan pura doctrina la corona del martirio ¹; ya en la memorable *Epístola á Wiliesindo*, obispo de Pamplona, digna de todo elogio por los preciosos pormenores que encierra ²; ya finalmente en el *Apologetico de los Santos* ³, última produccion de su ardorosa pluma; en todas partes resplandece aquel acendrado amor de la patria que agitaba su alma, al verla presa de innumerables desdichas, aquel sublime anhelo de perfeccion, que ardiendo en su pecho con irresistible fuerza, se propagaba y difundía entre sus discípulos, y aquella elocuencia extraordinaria que avasallando los sentidos, desplegaba á vista de los verdaderos cristianos el apacible cuadro de la felicidad eterna, poniéndoles delante al propio tiempo el afrentoso espectáculo de la esclavitud que los aniquilaba.

«Llenos estan de clérigos los calabozos de las cárceles (exclamaba) y la Iglesia yace despojada del oficio de los prelados y sacerdotes. Horrorizan los divinos tabernáculos con su desaliñada soledad: teje el templo la araña; y duerme todo en profundo silencio... Abandonados los himnos en la congregacion de las canciones celestiales, resuenan los interiores de la cárcel con el santo murmurio de los salmos. No entona ya el cantor en público el cántico divino, ni vibra la voz del salmista en el coro, ni predica el lector en el púlpito, ni evangeliza el levita en el pueblo, ni lleva el sacerdote el incienso á los altares; porque herido el pastor, introdujo el enemigo la dispersion en el rebaño católico, privada enteramente la Iglesia de todo sagrado ministerio...

«Oprimiendo con gravísimo yugo el cuello de los fieles, pretenden arrojar de los confines de su reino la raza cristiana. Y ya haciéndonos ejercer á su antojo y capricho la religion del Salvador; ya obligándonos, cual otros Faraones, á soltar el quilo en inhumana servidumbre; ora sacándonos por fuerza y de un modo intolerable personales tributos [*vectigalem chirographum*];

¹ Escrito en 851.

² En 851.

³ En 857.

«ora imponiendo público censo sobre la cerviz de los miserables; «ora en fin despojándonos de los bienes, nos vejan y aniquilan «con ruina de las haciendas. Y fatigando así con vario género de «opresion la congregacion cristiana, y afligiendo con diversa ma- «nera de persecucion á la grey del Señor, juzgan hacer grata «ofrenda á su Dios con nuestra mengua y daño!»¹.

Tal era el espíritu que animaba la elocuencia de Eulogio.— Pero si consagrado de lleno á la defensa de los mártires, apenas concebía pensamiento alguno que no se encaminara á mantener encendida la hoguera de la fé, en ninguna de sus obras se estudia y reconoce la amarga situacion del pueblo mozárabe como en el *Memorial de los Santos*. Compuestos estos dolorosos fastos de tres distintos libros, que abrazan el sangriento período de la persecucion, descubren en sucesivo y vario panorama la vida civil, moral y religiosa de aquel desafortunado pueblo; y tal vez conduciéndonos al interior de las basílicas y monasterios, donde hermanadas con los ejercicios de la piedad recibian respetuoso culto las ciencias y las letras; tal vez llevándonos á lo más recóndito del hogar doméstico para escuchar, con las valerosas exhortaciones del patriotismo, los saludables avisos de la religion; cuándo guiándonos á las plazas públicas para representarnos la deshonra de los ancianos y el ludibrio de los sacerdotes, maltratados y escarnecidos por el furor de la plebe musulmana; cuándo pintándonos con calurosas tintas las últimas escenas de aquellos patéticos dramas, embellecidos por la fé y la caridad, siempre se muestra el discípulo de Esperaindeo solícito y apasionado del objeto que le preocupa, recogiendo con el tierno afan que le lleva á rendir adoracion á los cadáveres de los mártires, las memorias de sus virtudes.

Mas si varias son y multiplicadas las situaciones que traza en estos peregrinos anales, varia es tambien la entonacion que dá en ellos á su estilo, y distintas las fases que ofrece su elocuencia. Animado del espíritu de controversia, encendido por la pertinacia de los que afeaban el martirio, combate y pulveriza en el primer libro con la autoridad de los Padres y la doctrina del Evangelio,

¹ *Documentum Martyriale*, núms. XI y XVIII.

cuantos cargos y acusaciones habian inventado y formulado la pravedad y la codicia; y rechazando con igual brio las groseras calumnias de los mahometanos, aparece en las impugnaciones persistente y vigoroso, bien que flexible y persuasivo, sembrando al par de agresivas y nerviosas apóstrofes sus discursos. Más templado en los dos siguientes libros, procura hablar en ellos el lenguaje de la historia; y atesorando con extremada solitud interesantes pormenores relativos á la vida de cada uno de los mártires, comunica á la narracion cierto candor y sencillez, que despertando la más viva simpatia, pone de resalto la sensibilidad y ternura de su alma, preciosas dotes que contrastan grandemente con el extraordinario vigor que le alienta y sostiene en mitad de tantos peligros.

Admirador de las grandes obras de la antigüedad, y atento sin duda al egemplo dado por Julian en la *Historia de la rebellion de Paulo*, introduce no obstante en la exposicion histórica frecuentes alocuciones, que sustituyendo á las apóstrofes del primer libro, vienen á dar cierto interés dramático á estas singulares biografias, completando al par los retratos en ellas bosquejados. Este sistema, seguido en todas las obras de Eulogio, sobre declarar el empeño del erudito, que vive en la imitacion de los modelos, aspirando á restaurar los buenos estudios, debia tambien imprimir determinado carácter al estilo y lenguaje de todas ellas, manifestando el vehemente deseo de la cultura, que le seduce, y el excesivo y á veces inútil trabajo, empleado con semejante propósito. Y sin embargo, reconociendo Eulogio que debia preferir «la sencilla verdad á la ruidosa é hinchada pompa de las «musas,» mientras protestaba de que «no afectando la hermosura «y gracia de la retórica, ni temiendo la modestia de su inculto «lenguaje,»¹ acometia la empresa por él llevada á feliz término, hacia gala de no alcanzar y poseer las bellezas de estilo, que encarecia con sobrados elogios su predilecto amigo²; y para mayor

¹ *Mem. Sanct.*, núm. IV.

² Álvaro decia al mismo San Eulogio, sobre el *Mem. Sanct.*: «Tibi lacteus Livii subditur amnis, tibi dulcis cedet illa saecularis lingua Catonis, fervens quoque Demosthenis ingenium, et dives Ciceronis olim eloquium, flordusque Quintilianus,» etc. (*Epist. ad Eulogium*, *Collec. SS. Patr. Eccl. Tolet.*,

contraste, admitía en la prosa el ornato de la rima, generalizado ya, como vamos demostrando, desde el siglo VII ¹.

La misma contradicción literaria advertimos en las obras de Álvaro: quien después de excitar una y otra vez el entusiasmo de los mártires, infundía en Eulogio nuevas fuerzas para dar cima á la meritoria empresa acometida en el *Memorial de los Santos*, y colmaba de alabanzas la *Enseñanza de mártires*, lleno también de aquel noble celo que había inflamado á Esperaindeo, tomaba al fin la pluma para defender el martirio, bien que juzgándose indigno de tan alta empresa.

«Debí (exclamaba) imponer silencio á la connatural rusticidad de mi lengua y no mezclarme, fuera de sazón, entre los hombres peritísimos y esclarecidos con el esplendor de la elocuencia... Mas yo, pensando escribir, no conforme á la belleza, sino conforme á la verdad, desprecié la alabanza de todos los filósofos, no vedando á mis labios la defensa de la justicia con ignorante lengua. Sublimase la rusticidad provechosa y la desmanada impericia, al ensalzar los santos misterios, no manchada en el cieno de la infidelidad, ni hundida aun en sus asperezas y abismos; pero con la humildad y belleza de la verdad, resplandece á maravilla. Por tanto, si traté acaso con negligencia algunas cosas que repugnan al dogma católico, proviniendo esto no del deseo, sino de la ceguedad del entendimiento, ruego á mis lectores que las borren con lágrimas, las limpien con ruegos y las purifiquen con oraciones: todos los defectos del lenguaje y del estilo, ruégoles por el contrario que los dejen intactos» ².

tomo II, pág. 422). Los mismos elogios hizo del *Documentum Martyriale* en la carta, con que lo aprueba, y después en la *Vida de Eulogio*, núm. V.

¹ Véanse los capítulos anteriores y la Ilustración I.^a de este volumen.

² *Indiculus Luminosus*, núm. XX. Es por cierto notable la manera cómo Álvaro condena en el mismo pasaje el furor con que los filósofos y gramáticos se empeñaban en estériles cuestiones de forma: «Agant eructuosas quaestiones philosophi et Donatistae, genis impuri, latratu canum, grunnitu porcorum, fauce rasa et dentibus stridentes, saliva spumosi grammatici ructent. Nos vero evangelici servi Christi discipuli rusticanorum sequipedi.» etc. Sin embargo no es el *Indiculus Luminosus*, según nos proponemos demostrar, una obra accesible á todas las inteligencias y grados de cultura.

Hé aquí el intento que Álvaro manifiesta al escribir el *Indiculus Luminosus*, impugnación acerba del Koram y elocuente defensa del oprimido cristianismo y de sus confesores. Pero al leer este preciado monumento de las letras españolas en el siglo IX, por más que su autor se afane en exagerar la rudeza y desaliño de su pluma, no es posible olvidar que era Álvaro el escritor condecorado con los títulos de *doctor egregio* y *fuentes caudalosa de la sabiduría*, siendo *celebrada su ciencia en todo el Occidente* ¹. Este juicio de sus coetáneos queda por el contrario plenamente confirmado; y si en sus notabilísimas *Epístolas* le vemos hacer alarde de la erudición clásica, citando con frecuencia á los historiadores y poetas del siglo de oro, y con singular predilección, que le honra por extremo, al sublime cantor mantuano, á quien tomaba cuatro siglos y medio después por guía y maestro el inspirado Dante ²;

¹ *Mem. Sanct.*, lib. II, cap. IX de la edición de los PP. Toledanos.

² No puede menos de llamar la atención de la crítica, cuando animada de investigador y recto espíritu, fija sus miradas en estos escritores, menospreciados generalmente cual rudos é ignorantes, el verlos conservar en medio de la servidumbre mahometana aquel respeto inteligente que, según adelante observaremos, se trueca en Italia durante el siglo X en superstición vergonzosa, respecto del celebrado autor de las *Geórgicas* y de la *Eneida*. Álvaro prueba con oportunos pasajes, que vienen á corroborar sus doctrinas, que le era por extremo familiar la musa de Virgilio, y cuando le vemos acotar con la *Eneida*, cuando con las *Églogas*, cuando con las *Geórgicas*, principalmente en las *Epístolas*, donde, tratando con los hombres más doctos de su tiempo, hace mayor gala de erudición clásica que en los restantes tratados. De advertir es, porque nos dá á conocer, con la dificultad de adquirir los códices, la corrupción á que el texto de los poetas y escritores de la antigüedad se hallaba expuesto, que algunas citas de Álvaro ofrecen notables variantes con las ediciones de Publio Maron, más estimadas entre los latinistas. Dirigiéndose á Eleazaro, cuya protervia y pertinacia condena, le dice (Epíst. XVIII): «Et miror frontis tuae duritiam... quae ut Virgilius ait:

Nec visu facilis, nec auditu affabilis ulli.

Y excitándole en la misma *Epístola* á la controversia, añade: «Qui acuto capite pugnet, hostemque non solum vulneret, sed detruncet; de quibus Virgilius dicit:

Teutonico ritu soliti torquere catellas.